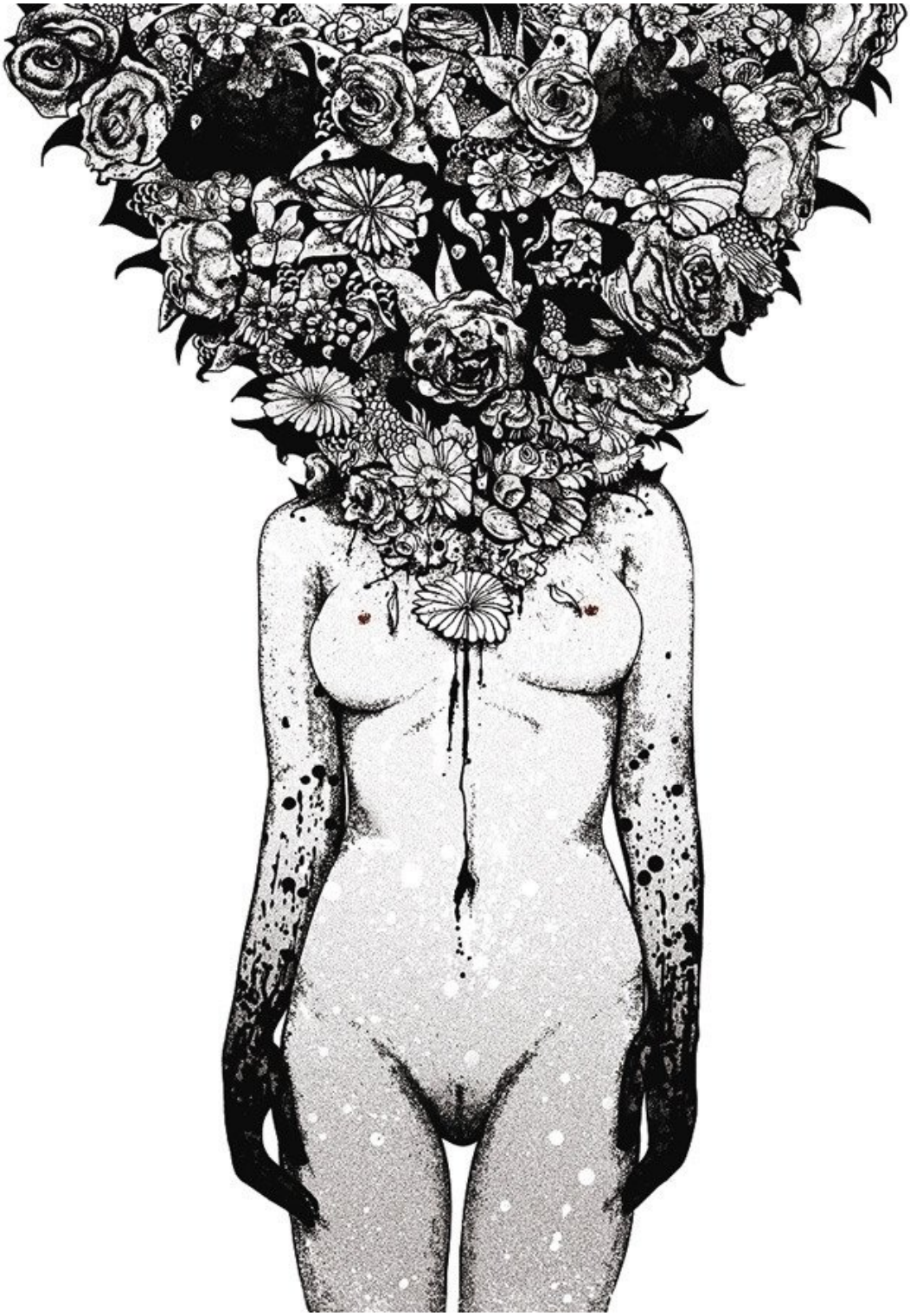
La hora del té

Gonzalo Cantero



Capítulo 1

“La hora del té”

Decían que la lluvia no pararía.

German era un cuarentón que dedicaba sus días vistiendo a los muertos. Era de complexión delgada, alto, lucía una prominente nariz; su cabello oscuro y grasiento dejaban entrever unas entradas que le hacían parecer un hombre mayor, junto a un traje que no favorecía su imagen.

Como siempre su mente vagaba sin rumbo: solo quería llegar a casa. Ella estaría esperando.

Ya en el barrio noto las miradas de asco, los vecinos solían mirarlo así. No le importó, estaba acostumbrado desde niño, ya no le dolía las palabras hirientes de las personas.

Al entrar se percató que el hogar estaba más sucio que de costumbre: las paredes blancas lucían tintes de moho y manchas negras. El techo de chapa rompía todo silencio con los golpeteos del tiempo. La cocina, los platos sucios que se aglomeraban en la pileta, el piso manchado de cenizas y colillas.

“Será posible, ¿hace cuánto que esta todo así? ¿Acaso no es capaz de moverse siquiera?” pensó indignado.

Ella se encontraba sentada en el sofá. Rápidamente, como un golpe de razón, sintió como todos los problemas y los amargos sabores desaparecían. Volvía la calma.

¡Tan linda como siempre! ¿todo bien mama? ¿te sientes mejor? Traje algunos medicamentos para tu dolor de estómago, y unos cañoncitos con dulce de membrillo, que tanto te gustan- dijo German con una sonrisa.

La mujer se encontraba totalmente pálida: sus pupilas eran blancas como la nieve y el largo camisón que llevaba desprendía un olor extraño. En su pecho había un minúsculo agujero negro, del cual brotaba un poco de sangre.

¡qué tonto soy! Olvide traer la yerba para el mate- y encendiendo un cigarro dijo: no te hagas problemas, preparare el té.

Cuando regreso con las tazas vio que su madre se inclinaba al costado, la

acomodo de nuevo y tomo lugar a su lado.

Como te gusta, bien azucarado- dijo mientras engullía con gusto el postre. Después de un silencio pregunto tímidamente: ¿sabes una cosa? me resulta gracioso como todos me miran, "un bicho raro" dicen, "el hijo de la loca"... La verdad, me hubiera gustado conocer mejor a papa, tal vez me habría dado buenos consejos, todo el mundo decía que era un tipo muy gracioso y que gustaba a las…- se detuvo- disculpa, no quiero hacerte sentir mal- y tratando de enmendar su error dijo- te quiero mucho, y eso es lo único que importa.

La tormenta se levantó con mucha fuerza, ocasionando un corte de luz.

Ambos se encontraban frente a frente acompañados por una vela. De pronto le entraron ganas de beber. Cuando le agarraban los ataques no podía contenerse. Busco entre los cajones una botella de whisky que guardaba para esas ocasiones. Vacío la mitad.

Entre el mareo y la poca luz empezó a rememorar las imágenes de la borrosa infancia. Volvía a tener 8 años, el día era igual de lluvioso y la niebla tapaba la vista de las otras casas. Era un ambiente muy deprimente.

Su padre se encontraba frente a él, con un bolso en la mano:

"No llores por favor, volveré pronto. Pero hasta entonces cuida bien a Julia, ella te quiere como a un hijo, tiene sus cosas como toda persona, pero estarás a salvo con ella. No lo olvides nunca German, creo en vos" – apenas recordaba ya su rostro- y se fue por la calle silenciosa, desapareciendo para siempre… El cristal se partió en el suelo.

Ella estaba ahí, sus pupilas vacías revivieron las llamas del rencor.

¡puta mentirosa! Eso es lo que eres, ¡nunca me has amado! ¡por tu culpa soy esto! ¡nada! – Grito tirándola violentamente al piso- ¡te odio!

Un círculo de sangre se formaba alrededor del cuerpo. Y una navaja cayó de la gabardina de su hijo. En el acero había sangre seca. Silencio.

No podía pensar. Abrió la puerta y corrió sin mirar atrás. Las lágrimas caían por sus mejillas.

- "! No me dejes, por favor, soy tu mama!"- Creyó oírla gritar.

Apenas se vislumbraban las casas por la lluvia, y la calle estaba silenciosa y llena de niebla. "Igual que aquel día" pensó resignado. Nadie jamás volvió a verlo.